

# Derecho a sombras: Notas sobre el sedimento y el cansancio.

## 1.

Habitar un color no es lo mismo que poseerlo. El café que satura estas telas no es el marrón cálido y melancólico de la pausa compartida; es un color que se huele y padece, una costra sólida que registra el paso de una vigilia forzada. En esta ciudad, el grano de especialidad se ha erigido como una nueva disciplina del rigor: balanzas de precisión, temperaturas exactas y un diseño que intenta domesticar el caos urbano mediante una estética de la transparencia absoluta. No es casual que esta materia esté en el centro de la escena: mientras cientos de nuevos establecimientos redibujan el mapa de Buenos Aires con una promesa de gentrificación forzada y sofisticación, el sector atraviesa el revés de su propio brillo, marcado por la caída del consumo y la fragilidad del cierre inminente. Lo que aquí se despliega es la rebelión del sedimento frente a esa inestabilidad. Al recuperar la borra —esa materia que la gentrificación higieniza y descarta para mantener su pulcritud— Fasoli la devuelve como una presencia que pesa, que huele y que insiste con una intensidad física. Es la materialización de un exceso que el sistema no puede digerir. Debajo de cada superficie perfecta, de cada cristal limpio de la nueva cafetería de barrio, hay un residuo sucio que narra una historia de suelos agotados y cuerpos exhaustos. No hay nada más político que el insomnio de quien intenta producir sentido en los márgenes de una economía que lo ignora. Estas obras no son imágenes; son la acumulación de un resto que se niega a desaparecer, una mancha que se vuelve relieve para recordarnos que el valor no siempre está en lo que se consume, sino en lo que queda cuando la fiesta del mercado se termina y somos nosotros mismos los que tenemos que limpiar los restos de una celebración que fue realizada por otros.

## 2.

Existe una pregunta persistente sobre qué significa "actuar" en una cultura que nos exige estar siempre conectados, produciendo valor y performando un éxito que no admite pausas. Estas telas parecen decir: *estamos agotadas*. El artista las ha endurecido, las ha plegado y las ha forzado a sostener su propia estructura, imitando —casi con crueldad— la lógica industrial de la resistencia. Pero en ese gesto de "endurecer" hay una parodia del esfuerzo y una memoria del despojo. No podemos olvidar que el café, antes de ser este fetiche de especialidad en el Cono Sur, es el residuo de una historia de colonialismo y explotación que configuró el mundo moderno. Desde las plantaciones esclavistas en el Caribe y Brasil hasta las lógicas extractivistas del presente, el café ha sido siempre una materia teñida por el sudor forzado.

Al teñir estas telas con el descarte, Fasoli recupera esa carga histórica: la pintura monocromática no es una ventana al infinito, sino un muro de contención que retiene el eco de una producción basada en el sacrificio de cuerpos y tierras. Son el registro de un trabajo manual que se resiste a la velocidad del algoritmo y a la amnesia del consumo "premium". Aquí, la labor de economía doméstica —curar la tela, teñirla con el desecho del desayuno— se vuelve un acto de sabotaje silencioso frente a la cadena de valor global. Es la rigidez de quien se niega a ser "flexible" para el mercado; la firmeza del que

se planta en su propio residuo y en la memoria de una materia que, mucho antes de ser arte, fue la moneda de cambio de un sistema que aún nos agota e intercambia nuestros cuerpos como simples granos.

### 3.

La frase de Manuel Peralta Ramos, *Misterio de Economía*, es el chiste que nos sostiene mientras el barco se hunde. Pero la ironía no es una forma de desapego, sino la única manera de habitar una contradicción insoportable en un país que parece devorarse a sí mismo. Colgar ese pasacalles en la fachada de Yeruá es señalar el elefante en la habitación: la fragilidad de un espacio de arte que es también una cafetería y, sobre todo, un síntoma. En Argentina, el valor no es una magnitud estable, sino una creencia que se evapora más rápido que el aroma de un espresso. Vivimos en la economía de la "parte maldita": un gasto puro, un exceso que no se puede capitalizar y que solo se consume en la pérdida. Estas telas, teñidas con el residuo de lo que ya fue consumido, son el monumento a ese gasto improductivo.

El dinero es la última frontera de nuestra intimidad; hablar de economía es hablar de deseo, de poder y de la obscenidad de su ausencia. En este presente, el mercado no es una ciencia exacta de planillas, sino un espíritu satírico, un gran fetiche que adquiere vida propia mientras nosotros nos vaciamos. Es un fantasma que decide quién se queda y quién cierra, una estructura teológica que exige sacrificios constantes bajo la promesa de una estabilidad que nunca llega. El pasacalles no anuncia una muestra; anuncia un estado de sitio emocional. Señala que lo económico y lo místico son hoy la misma fuerza invisible que nos asfixia el pecho, recordándonos que en una sociedad donde el valor es pura ficción, la única verdad que queda es la pesadez de la materia que sobra.

### 4.

Hay algo profundamente político en el pliegue. El pliegue es el lugar donde la materia se esconde de la mirada totalitaria de la transparencia urbana; es ese recoveco donde el alma y el cuerpo se comunican sin ser capturados por el ojo del mercado. Mientras las cafeterías de especialidad proponen ventanales limpios, superficies lisas y una visibilidad absoluta que borra la historia previa del lugar, estas obras proponen la rugosidad de lo que se repliega sobre sí mismo. No hay una separación entre la tela y la pintura: el café se vuelve el pliegue, y el pliegue se vuelve el pensamiento. Es una estética del "no-flujo". Si la transparencia es la herramienta que el capital utiliza para vigilarnos, clasificarnos y hacernos circular como mercancías puras, la obra opone la viscosidad del residuo.

Frente a la fluidez de un dinero que desplaza barrios enteros en nombre del progreso, estas pinturas funcionan como un freno, como el sedimento que traba el engranaje. Pero esta resistencia no es solo pasiva; es una denuncia de la "estética del capital". Hoy, la cultura parece haber sido absorbida por una lógica de servicios donde todo debe ser agradable, accesible y decorativo. Fasoli, al tensar estas telas, se niega a participar de esa ciudad-vitrina. El pliegue aquí es una zona de opacidad: un espacio que no puede ser totalmente consumido ni iluminado por el marketing urbano. La trama de la ciudad se vuelve una topografía de tensiones que reclaman su derecho a la sombra, recordándonos que lo que realmente importa sucede siempre en los bordes, en las costuras y en esos rincones donde el valor no puede ser medido ni expuesto.

## 5.

En el centro de esta acumulación orgánica ocurriendo, una pieza nueva interrumpe la lógica de la monocromía para introducir una dialéctica del conflicto. O mejor dicho tensar nuestra propia lógica de monocromía. El negro absoluto del café se encuentra con la blancura de una superficie que ya no es puramente lisa, sino que está surcada por el carbón. Aquí, Fasoli recurre a una materia que arrastra consigo el tiempo profundo y la violencia del extractivismo: el carbón, sumergido en la mezcla de café y pintura, raya la tela endurecida como quien traza una herida sobre la piel de la tierra. No es una decisión estética; es una irrupción geológica. Al incorporar el carbón —esa materia ligada a la explotación de la tierra y los cuerpos en diferentes lugares de América latina— la obra deja de ser solo un residuo doméstico para volverse el registro de un despojo biográfico e histórico. El contraste entre el blanco y el negro es la representación visual de una fricción: la historia de la minería y la historia del consumo chocando en un mismo soporte. Ya no es el flujo suave de la especialidad lo que domina la mirada, sino el gesto brusco de quien usa el mineral para marcar su presencia en un sistema que prefiere el olvido.

## 6.

En la saturación de estas telas reside también una dimensión olfativa que funciona como memoria política. El aroma del café en esta muestra no busca la higiene sensorial de las notas frutales o ácidas del grano de especialidad; busca el eco de los cafetines históricos de Buenos Aires. Aquellos espacios de madera gastada y humo estancado que sirvieron, durante décadas, como refugios de conspiración, ocio improductivo y resistencia vecinal. Mientras el café de especialidad opera hoy como un agente gentrificador —una estética liofilizada que higieniza el barrio para que el capital fluya sin manchas— el olor que emana de la obra de Fasoli nos devuelve a la "permanencia". Es el olor del tiempo detenido, del sedimento que se pega a la ropa y a las paredes. Hay una tensión insalvable entre la cafetería como "punto de red" (efímera, productiva, transparente) y el cafetín como "lugar de pertenencia" (oscuro, lento, viscoso). Estas pinturas huelen a esa fricción: son el residuo de una sociabilidad que está siendo desplazada por un modelo que prefiere el tránsito al encuentro, y el diseño a la historia.

## 7.

Finalmente, queda la servilleta. Ese soporte precario donde anotamos lo que sentimos mientras esperamos que pase la tormenta, o mientras calculamos con angustia si los números del mes todavía nos permiten existir en este rincón de la ciudad. Al llegar aquí, el proyecto de Fasoli abandona la seguridad de teórica y la distancia del análisis para volverse uno con su propio trabajo y cuerpo: sudor, aliento y el deseo desesperado de ser visto en medio de un mecanismo económico que nos excede y, a menudo, nos ignora. La servilleta, ese objeto descartable del ritual cafetero, se transforma en un diario íntimo y en una prueba de vida radical. Es el lugar donde el "misterio de economía" se vuelve realmente nuestra confesión manuscrita. En este gesto, todo lo anterior —la costra de café que padece la tela, la parodia industrial del endurecimiento, el pliegue que nos protege de la transparencia del mercado y la memoria colonial de un grano que nos agota— se condensa en un trazo sobre papel absorbente. No somos solo consumidores

de una estética aspiracional ni piezas de un engranaje de gentrificación; somos el resto, la "parte maldita", el sobrante humano que permanece cuando la fiesta de la producción se termina y las luces de la cafetería se apagan. Escribir en una servilleta, bajo la mirada de un retrato que nos devuelve la imagen de nuestra propia fragilidad, es un acto de sabotaje contra la deshumanización del valor. Es decir, con la urgencia de quien no tiene más que un trozo de papel y un momento de calma: estuve aquí, sigo aquí, y todavía resisto.

*Nota: Este texto fue escrito mientras el kilo de café subía un 15% y el alquiler de los espacios se volvía una ficción especulativa*

*Buenos Aires, Marzo 2026*

**Natalia Sosa Molina / Victor Lopez Zumelzu**